

PRIMER ARTÍCULO

LA POLITICA DE ESPAÑA

Común es atribuir todos los males de América a la torcida y suspicaz política que, se dice, adoptó el gobierno español en daño nuestro, para exclusivo provecho de los peninsulares. No desconocemos que muchos actos de aquel gobierno nos fueron funestísimos; pero estamos lejos de condenarlos en globo, y más aun, de reputarlos única causa de nuestro presente malestar. No creemos, tampoco, que la corte de Madrid estuviera animada de malas intenciones con respecto a la América, ni que su política hiciera felices a los peninsulares: parécenos, por el contrario, que su incesante emigración a los dominios de ultramar, la despoblación y empobrecimiento de España, y el aumento de habitantes en las colonias, dan testimonio de que éramos por acá menos desgraciados que ellos.

Desde luego, rechazamos como infundadas e injustas, las quejas que se exhalan contra España monárquica, porque no nos dio ideas y hábitos republicanos. ¿Por ventura da el labriego a sus hijos educación de príncipes? Pero notamos con sorpresa que eso que se llama política de España, preparó, sin que hombre alguno lo previera, la gran revolución que hoy se está cumpliendo.

Los gobiernos obran siempre de conformidad con las ideas y opiniones de la época en que viven y del pueblo que dirigen. Si en virtud de preocupaciones o necesidades permanentes, la opinión de la sociedad se mantiene firme en una idea cardinal, los actos de su gobierno, cualquiera que sea, se coloran, digámoslo así, de esa idea y toman de ella cier-

to carácter de unidad y aire de sistema, que deslumbra a los que se consagran a estudiarlos después de producidos sus efectos. Por esto, muchos filósofos declaran genios a hombres que acaso no pasaron de la línea de comunes, y fruto de un plan concertado de antemano con admirable tino, hechos que fueron el simple resultado del curso natural de las cosas. Rómulo, Numa, y hasta Washington, cuyo solo mérito fue la honradez, son, según ellos, portentos de habilidad y de previsión política. ¡Así se consuela la pobre humanidad de su propia pequeñez, atribuyendo al ingenio del hombre ese complicado e incomprendible tejido de los acontecimientos, cuya trama sólo hace y conoce Aquel que todo lo dirige, mide, cuenta y pesa! El genio suele prever algunos sucesos en globo, fomentar o contrariar la difusión de ciertas ideas, y hacer que, en circunstancias especiales, las fuerzas dispersas de diversos intereses y opiniones, concurren en un punto y obren en determinado sentido; pero a nadie le es dado sustraerse a la influencia de su época y de la sociedad en que vive, y menos cambiar el curso que a cada pueblo le tiene trazado el dedo de la Providencia. No pidamos de los gobiernos que sean lo que no pueden ser; pidámosles sólo que sean justos y honrados, y, si lo son, estemos ciertos que, como Numa y Washington, serán un día llamados genios bienhechores de su patria.

Lo hemos dicho: como los individuos, tienen los pueblos su misión providencial, y parece que la de España fue descubrir un mundo, poblarle, y unir en él todas las razas con los vínculos de una sola lengua, de una sola historia y de una misma fe de caridad, fuente perenne de civilización, para designios que, hasta hace poco, se escondían a la escasa penetración del hombre y que hoy apenas se revelan. Mientras más meditamos los acontecimientos de los últimos siglos, más nos confirmamos en este pensamiento: el carácter del pueblo español, su fervor religioso, su pasajera prepotencia, su rápida caída, las ideas y hechos que motivaron la conducta de su go-

bierno, y aun sucesos cumplidos fuera de España, todo parece dispuesto por la Mano Suprema, y dirigido a preparar los destinos de América.

En efecto, al momento preciso, ese pueblo, antes dividido, se une, se consolida, y aparece fuerte, triunfador y glorioso. Entonces todos sus hijos son soldados, y todos sus soldados héroes. Apenas cuarenta años han corrido desde que América fue hallada y ofrecida por el genio de Colón a los pies de la egregia Isabel, y ya su inmenso territorio ha sido recorrido en todas direcciones y se nos presenta poblada y por dondequiera tachonada de ciudades ricas, civilizadas y cristianas. No se sabe qué admirar más, si la energía y audacia de esos hombres de hierro que vencen todos los obstáculos de esta naturaleza gigantesca, o ese don singular, esa facultad propia de la raza latina, pero característica sólo del español, de asimilarse los pueblos que conquista comunicándoles su lengua, sus creencias y costumbres.

Empero, toda fuerza que se extiende se debilita, y a España le faltó la necesaria para dar vida y movimiento a tantos como eran los miembros de su vasto imperio. Obligada sin embargo a ello, hace esfuerzos extraordinarios que la dejan en postración y marasmo. El Nuevo Mundo se los retribuye con riquezas; pero estas mismas, cual veneno corrosivo, van a desmoralizarla y consumirla. Su gran fuerza y poderío no son ya necesarios, como veremos, para los fines de la Providencia; por el contrario, para que España llegue donde Dios la envía, es preciso dejarla a merced de los acontecimientos, cual buque lanzado en el Océano sin piloto que dirija su rumbo ni prevea y evite los escollos.

Satisfechas las necesidades del español con el oro de América, el aguijón de la escasez no le estimula ni al estudio de las ciencias, ni a la práctica de la industria, ni al ejercicio del comercio, y cae en la indolencia o se dedica a buscar nombre y gloria en arduas empresas militares. ¡Así coopera, sin quererlo, a envanecer y desmoralizar los pueblos y debili-

tar el poder de su magnánima nación! Entre tanto, Francia, no distraída en el exterior, concentra sus fuerzas y recursos, cultiva su rico territorio, levanta templos a la sabiduría y quita bien pronto a su vecina el cetro de la civilización. En Francia hubo ciencias, hubo artes, hubo industria; vino a ser como el **cerebro del mundo**, según la feliz expresión de su eminente orador, y cumpliéndose entonces la ley de subordinación de las inteligencias inferiores a las superiores, que así rige a los pueblos como a los individuos, España, la rica, la poderosa España, esa nación que, merced al brazo de sus héroes, ocupaba la mitad del mundo y todas las trompas de la fama, pasó, bajo Felipe V, a ser triste satélite de la Francia de Luis XIV. ¡Funesta dependencia, que sobrevivirá a la dinastía de los Capetos en Versalles, hará que pasen los Pirineos y el Atlántico la incredulidad de los filósofos y las doctrinas revolucionarias de 1793 y completen en la decaída España, con la relajación de su fe religiosa y de la proverbial lealtad castellana, el desconcierto de sus partes componentes! Pero no adelantemos conceptos que son de otro lugar.

A la época del descubrimiento y conquista del Nuevo Mundo, la tendencia general de los pueblos europeos era sustraerse a la tiranía de los señores feudales, y concentrar el poder en los monarcas que, no menos interesados en ello que los pueblos, encabezaban o seguían el movimiento. España, aunque no tan feudal como otras naciones de Europa, no tenía una nobleza menos audaz ni turbulenta. Ya domada por el tino y prestigio de Isabel, el gran Cisneros le había dado el último golpe, cuando Carlos V tomó las riendas del gobierno. No era, por cierto, un emperador de la feudal Alemania quien hubiera de contrariar las miras del enérgico cardenal, tan favorables al poder de la corona. Desde entonces la nobleza española dejó de ser aristocracia política, desde entonces la autoridad de los reyes no reconoció límites ni trabas, y desde entonces se sentó la prime-

ra base de la igualdad que algún día proclamarían las colonias.

No obstante, el feudalismo, esa hidra de cien cabezas, las levantaba ya de este lado de los mares. Distribuidas las tierras conquistadas, los indios habían sido repartidos en encomiendas. Cada conquistador era un señor feudal, y los grandes caudillos, más favorecidos en la partija, estaban llamados a figurar como los reyes de nuestra Edad Media: casi como tal aparece Gonzalo Pizarro en la primera gran contienda que agitó a la América del Sur. Carlos V halló esa institución arraigada: la opinión, es decir, el interés de los conquistadores y el de sus agentes en la Corte, no menos que el de todos los peninsulares, que veían la posibilidad de trasladarse al Nuevo Mundo y ser también señores de encomiendas, la opinión, decimos, apoyaba tan funesto sistema. El emperador no se atrevía a oponérsele, ni tenía tampoco interés inmediato en combatirlo; pero el fervor religioso vino entonces en auxilio de la justicia. Los obispos y misioneros, especialmente los dominicanos, a quienes tanto debe la civilización de estos países que tan poco los recuerdan, desplegaron con el emperador y su consejo todo el celo de la caridad apostólica; y, contra el querer de los grandes, contra el interés de los caudillos, contra la opinión del pueblo español, a pesar de las maquinaciones que el oro de América compraba, despreciando los sofismas de los sabios, y aun con riesgo inminente de una revuelta general, Carlos V expidió sus célebres ordenanzas de 1542 declarando a los indios súbditos de S. M. como los peninsulares, y extinguiendo las ominosas encomiendas. Y es de notarse que, cuando al común de los conquistadores leales se les permitió retenerlas hasta su muerte, a los verdaderos autores de las ordenanzas, obispos, conventos, iglesias y demás personas eclesiásticas, no obstante ser las únicas que no abusaban, se les privó de una vez del goce de las encomiendas, porque ellos lo quisieron y pidieron. ¡Tan desinteresado era el celo de esos nobles apóstoles! He aquí un

segundo paso dado hacia la igualdad en fuerza del sentimiento católico, y en virtud únicamente del poder absoluto de los reyes de España. Suprimid el fervor religioso de la época, quitad al clero su influencia, y dad que la nobleza hubiera tenido entonces poder político, y la mano que empuñaba el cetro habría sido impotente para plantar estas primeras bases de la futura libertad de América.

Las expresadas ordenanzas no se limitaron sólo a extinguir las semillas del feudalismo: mejoraron en todos sentidos la condición de los indígenas, que, a pesar de la maternal solicitud de Isabel, gemían aún en oprobiosa esclavitud. Y no se quedaron escritas, como suele suceder con las garantías de estos tiempos: hasta donde le fue posible al lejano monarca, se ejecutaron y produjeron sus saludables efectos. La Conquista fue para América un cataclismo social, semejante, en parte, al que sufre de cincuenta años acá: fue un gran crimen, y un gran crimen trae siempre consigo crímenes secundarios; pero, es preciso decirlo, los reyes no ordenaron ni aprobaron jamás los excesos horribles con que la vil codicia deshonoró a muchos hijos de Castilla: no fueron directamente responsables de ellos, como no lo son hoy los jefes y directores de nuestros partidos políticos de las iniquidades que, sin su acuerdo, se cometen, ora en nombre de la libertad, ora en nombre del derecho. Ahí lo están comprobando las leyes y reales órdenes que los prohibían y las providencias disponiendo su castigo.

Si hubo españoles que por amor al oro mancharan sus manos en sangre, los hubo también, y muchos, que por amor a la humanidad derramaran la suya propia. Consolador es hallar desde el principio a hijos de la Península, aun en medio del fragor de los combates, oponerse con vigor a los abusos, denunciarlos, hacer sacrificios heroicos por el infeliz indígena y acabar por abatir al crimen y dar libre la inocencia. Pasados que fueron los días de la Conquista, los abusos cesaron. La historia no nos habla

más de ellos, y la historia no guarda silencio cuando hay horrores que transmitir a la posteridad: ella sólo calla los sacrificios de la virtud modesta que no tiene asignado premio fijo sobre la tierra. La tradición, empero, conserva en cada pueblo y en cada familia los nombres de muchos benefactores de los indios, que, impulsados por la caridad, se consagraron a su enseñanza y mejoramiento moral. Y aunque estas noticias no existieran, aquí estamos nosotros como testimonio vivo y flagrante de la verdad, es decir, la sociedad americana formada de aborígenes y españoles, reunidos bajo un mismo estandarte, hablando una sola lengua y profesando una misma religión. Esto no es de ahora, desde época remota vemos ya a indígenas distinguidos ocupando varias sillas episcopales, y a muchas familias, también indígenas, incorporadas en la nobleza de la colonia, de las cuales no pocos de nosotros descendemos. ¿Podrá negarse que bajo el régimen colonial dieron estas sociedades pasos avanzados hacia la igualdad? ¿Quién hizo esto? Fue la previsión humana?... Sigamos.

Faltaba todavía a la nueva sociedad uno de los elementos que habían de constituiría: la raza africana; y Dios la trae valiéndose para ello de los errores mismos del hombre. Parece que en los países meridionales, más arrastrados por el corazón que dirigidos por la inteligencia, hemos de ir siempre de un exceso al exceso contrario. El celo a favor de los indígenas, produjo a su vez fanáticos. Era preciso, para aliviarlos, proporcionar otros brazos a la industria; mas, como en España el rey lo gobierna todo, él debe señalarlos; como se ignoran los principios económicos, no llamará en su auxilio al interés privado que los proporcione por medios lícitos; y como la razón humana por sí sola no produce sino monstruos, con mucha sangre fría se ordena un nuevo crimen, y el tráfico de negros se establece. Misioneros ilustres, como *Las Casas*, si no la aconsejaron, toleraron en silencio esta horrible transgresión de la ley natural; y hasta creyeron una obra de humanidad, un be-

neficio para los africanos, sacarlos de Africa, donde los consideraban esclavos de bárbaros, para hacerlos esclavos de cristianos, y, sobre todo, cristianos a ellos mismos. Lamentamos el error de esos ilustres apóstoles, pero no los acriminamos: eran incapaces de hacer el mal a sabiendas. Sólo queremos, al recordar el hecho, hacer notar a qué extremos puede conducir el fanatismo aun a los hombres mejor intencionados.

No faltaron religiosos que se declararan padres y maestros de los negros, así como otros lo habían sido de los indios. Bajo su influjo y el de la fraternidad práctica del catolicismo, el esclavo del español en América, no fue como el del inglés, una bestia de carga, sino, dice un economista, **el compañero de los trabajos de su señor, y casi un miembro de su familia**. De todos los esclavos de las colonias, los españoles fueron los menos desgraciados. La ley les protegía contra los abusos del señor, facilitaba las manumisiones y declaraba al liberto igual al hombre libre, y súbdito, como éste, de la Corona. Así pronto los negros se multiplicaron y se incorporaron en la nueva sociedad, sin que sirviera de obstáculo la diversidad de su color ni de su origen: eran cristianos, y el bautismo los había igualado con los demás miembros de la Iglesia. Ker
T

De todas las naciones que pudieran haber tomado a su cargo la colonización de estos países, España era la única capaz de formar esta sociedad, tal cual existe, de elementos tan heterogéneos. El inglés habría trasladado la sociedad inglesa a las costas de América y extinguido bajo su sombra la raza primitiva, como lo mostró en el norte del Continente: el francés hubiera formado muchos proyectos, escrito muchos libros y adelantado la empresa hasta donde creyera que le daba nombre y gloria, pero después la habría abandonado como el Canadá o vendídola como la Luisiana. Para esto se necesitaba un pueblo católico, en quien el sentimiento religioso dominara sobre todos los demás sentimientos; esto es, el pueblo español. El catolicismo parece ser quien le Rg

da ese desprendimiento de los intereses materiales, esa franqueza, esa jovialidad que, a pesar de las crueldades que se le echan en cara, inspiran simpatías a los mismos pueblos que domina. Ello es que los indígenas fueron los más decididos defensores del rey en nuestra lucha de independencia; que, sublevados los negros contra sus amos en Santo Domingo, los franceses fueron degollados y extinguidos, y los españoles siguen dominando en la parte de isla que habitaban; y en fin, que en Hispano-América no ha habido guerra de castas ni riesgo ninguno de que la haya, mientras conservemos la fe de nuestros padres.

Es tanto lo que el catolicismo ha influido en el genio, carácter e historia de nuestra raza, que nuestro asunto pide nos detengamos breves instantes a considerarlo, para dar explicación a sucesos que nos afectan. Desde que Recaredo volvió la España al seno de la Iglesia, los concilios desempeñaron largo tiempo su poder legislativo y el clero dirigió las familias y los individuos, sin exceptuar al rey mismo. La moral y doctrinas católicas fueron, no sólo el fundamento de su legislación y la regla de sus costumbres, sino también la ley de sus gustos literarios y hasta de sus afectos. Sus romances populares, que están en boca de todos los niños y se transmiten de unos a otros, son sencillas y elocuentes lecciones de caridad; muchos de sus filosóficos refranes son máximas católicas; sus representaciones teatrales, y aun sus cánticos de amor, todo respira catolicismo. Prescíndase de las ideas católicas y sus poetas no serán comprendidos, ni se hallará el significado de gran número de voces castellanas. En su larga lucha con los moros, las proezas de sus héroes eran cantadas, más como glorias de la Iglesia que como glorias de la nación. Con el íntimo convencimiento de deber al catolicismo su nacionalidad e independencia, el español veía en sus reyes los encargados de conservar pura la fe de sus mayores, y la herejía era a sus ojos el mayor de los delitos. Con perder su fe se consideraba anonadado: su pasado quedaba sin glorias, sus héroes sin grandeza, su porvenir

sin esperanzas, y su poética imaginación, como deserrada de su campo propio, no hallaría donde cosechar esas flores aromatizadas por la fe y la caridad, que hacen el encanto de la sociedad española.

Tales eran las ideas de esta nación, cuando el prosaico e intolerante protestantismo levantó su hórrida cabeza, cubrió de sangre y ruinas la Alemania, puso la Francia al borde del abismo, pasó a Inglaterra a producir el más completo cataclismo social y amagaba por todas partes invadir el territorio de la Península. Con la herejía a las puertas de la patria, el español ve amenazada su existencia y exige de sus reyes que le salven del contagio; a cambio de esto les tolera todo. Ya se sabe que los gobiernos, por complacer una opinión que los favorece, hacen siempre más de lo que se les pide; y hallándose el de España en circunstancias tan propias para ensanchar su poder ¿qué no haría? Segregó sus dominios de toda relación intelectual con el resto del mundo; el comercio de libros quedó casi prohibido; la prensa cayó bajo el peso de doble y severa censura; la Inquisición, olvidando a los moriscos y judaizantes, volvió su furor contra los cristianos sospechosos y aterró todas las almas: ya no se pudo ni aun cantar, y la armoniosa musa castellana gimió con Fray Luis de León en los calabozos inquisitoriales: medio mundo quedó separado del otro medio, y Felipe II era el sombrío carcelero de esta vastísima prisión. El hombre de San Quintín y de Lepanto ejercía, desde su oscura celda del Escorial, la autoridad más absoluta que se haya visto en la Europa cristiana; pero él no la usurpó: no hizo sino aceptar el poder que la nación le daba.

¿Quién fue el causante de estos horrores? La intolerancia protestante; porque la acción trae la reacción. Suponed que hoy el Paraguay, triunfante de la lucha desigual en que se halla empeñado, renunciara a las instituciones liberales, que a medias ha adoptado, y volviera al aislamiento y despotismo de sus primeros días, ¿quiénes tendrían la culpa? Los fanáticos liberales argentinos y uruguayos, que empeña-

dos en hacerle adoptar instituciones a que él no puede o no quiere acomodarse, van en su frenesí hasta unirse con un emperador de esclavos para atacar la independencia y matar la libertad del pueblo hermano.

De Felipe II data la decadencia de España. Tiranizada de ahí en más por reyes ineptos, privados, corrompidos y frailes ignorantes; sin artes, sin ciencias, sin comercio pero lleno de imaginación y de fe religiosa, su pueblo debió naturalmente pasar pronto del fanatismo a la superstición. Al fanatismo, no de los reyes, sino la opinión, se debió el acto cruel y antieconómico de la definitiva expulsión de los moriscos, que hasta los hombres más ilustrados de España en aquel tiempo aplaudieron en escritos que, como clásicos, leemos y estudiamos hasta hoy. Después se le ha censurado y con razón; pero, ¿hoy mismo no se cometen idénticos excesos? ¿No fue igual y aun peor el extrañamiento de los españoles residentes en Méjico, verificado por los yorquinos en marzo de 1829, después de la independencia a que ellos habían contribuido con patriótico celo? El monarca español hallaba disculpa en las continuas rebeliones de los moriscos; en el auxilio que daban al Turco y a los piratas del Mediterráneo; en la necesidad de uniformar las creencias nacionales, y en la dificultad de organizar la legislación civil, sobre la doble base de dos creencias y doctrinas tan opuestas entre sí como el Corán y el Evangelio; mas, los mejicanos, ¿qué disculpa tienen? ¿En qué razón se apoyaron para expatriar a setenta mil españoles y confiscarles sus bienes? Oh! maldigamos, en horabuena, al fanatismo religioso; pero maldigamos también el fanatismo político, y todos los fanatismos!

Mas esa reacción religiosa y fanática producida en España por el protestantismo, favoreció de rechazo a la sociedad americana. Exaltado nuevamente el sentimiento religioso, hombres distinguidos de todas las clases llenaron los conventos de España, y, renovado en éstos el fervor de los primeros tiempos, lanzaron

a porfía ilustres y ardorosos misioneros sobre este Nuevo Mundo, donde tribus cristianizadas llenaban los claros que la herejía iba abriendo en las filas de la Iglesia. De estos misioneros tomaban el rey y el Papa los más distinguidos y virtuosos para llenar las sillas episcopales. Todo lo mejor, todo lo más ilustrado, toda la parte verdaderamente apostólica del clero español pasaba a América, y en España se quedaba la porción menos celosa, caritativa e ilustrada, los clérigos de patrimonio y de intereses materiales. Bajo el influjo e inmediata dirección de tantos y tan caritativos apóstoles, las familias españolas de las colonias se moralizaron, entraron en fervor, y se consagraron a ayudar en la santa obra de mejorar la condición de estos pueblos. ¡Qué de monumentos, qué de ricas fundaciones piadosas, cuántos hospicios, hospitales, escuelas de doctrina y hasta caminos, puentes y acueductos no existen todavía, dando testimonio de lo que hizo en esta tierra la piedad de los ricos españoles, dirigidos por su digno clero. Acá, lejos del contacto con los protestantes, el fanatismo se modera, la Inquisición no despliega su terrible espionaje, las intrigas palaciegas no llevan a ella sus infames denuncios, y los autos de fe no son tan frecuentes ni tan conmovedores como en la Península. Menos violentada la voluntad, menos aterrada la imaginación, la fe es más pura y sincera, y las facultades intelectuales más libres, se penetran mejor de la verdad religiosa y la hacen el cimiento de sus convicciones. Si a esto agregamos que el noble español se da en América a la vida del campo, laboriosa, activa, agitada y llena de contrastes y espectáculos grandiosos, comprenderemos por qué, (exceptuando algo de Méjico y el Perú) el colono adquiere esa energía de alma, esa firmeza de ideas y ese fuego de imaginación con que aparece en los días de la independencia.

Al aislamiento de estos países cooperaron en mucho la situación política de Europa y las ideas económicas aceptadas generalmente en la época de la colonización. Esta fraternidad de los pueblos, que hace

Ex
1

hoy de Europa una gran familia de naciones, no se imaginaba siquiera al terminar la Edad Media, cuando la diplomacia era el engaño y los tratados artificio para asegurar el éxito de la futura guerra. Entonces cada nación aspiraba a vivir por sí sola y a contar en su seno con todos los elementos de bienestar y prosperidad, de tal manera, que los demás pueblos pudieran necesitar de ella, pero ella de ninguno. El comercio no se consideraba, como hoy, un cambio en que ambas naciones ganan, sino como un medio de predominio político de que Venecia, Génova y Portugal habían dado el ejemplo. Sabido es que la expedición de Colón a América tuvo por objeto llevar a España el comercio de las Indias, apoderándose de los mares de Occidente como los portugueses se habían apoderado de los de Oriente: creían que un pueblo podía hacerse dueño del mar y prohibir a los demás su uso. En lo económico el ideal de la prosperidad de una nación consistía en vender y no comprar para que el numerario, único valor que se consideraba riqueza, entrara y no saliera. Los reyes de España pensaron arreglar su imperio de un modo muy cómodo para las ideas de ese siglo. Las colonias consumirían las manufacturas y demás productos de la Madre Patria, y las pagarían con metales preciosos y demás apetecidos frutos de la zona tórrida, quedando en manos españolas las ganancias del comprador y del vendedor; ellas le enviarían, además, todos sus sobrantes para ser vendidos por especies metálicas, y la Península vendría a ser la gran plaza de mercado del mundo. De este modo, el imperio español se bastaría a sí propio: sería feliz. Podría prescindir del resto del mundo y mantenerse completamente neutral en las cuestiones que agitaran a los demás pueblos. De aquí, el prohibir el comercio con las colonias, a todos los que no fueran españoles. A ningún colono se le ocurrió quejarse por semejante prohibición: tan generalmente aceptadas eran estas ideas.

Tal sistema, aunque alucinador, era irrealizable, como fundado en errores y en circunstancias preca-

rias. España no pudo ser proveedora exclusiva de frutos coloniales, porque todas las naciones tuvieron colonias: retraídos sus pueblos del trabajo por las riquezas de América y despoblada por la emigración al Nuevo Mundo y por su mal gobierno, le fue imposible proveer el mercado de sus colonias: ni tampoco mantuvo la neutralidad que se prometiera; pues, débil y decadente, fue arrastrada por las demás potencias y por su propio belicoso genio a todas las guerras europeas, y vio, en consecuencia, sus mares cubiertos de corsarios y su industria cada día más postrada. Todo esto, aunque parezca extraño, fue útil a las nuevas sociedades. La vida comercial habría fijado la población en las costas, y los indígenas, olvidados, hubieran ido desapareciendo poco a poco como en los Estados Unidos, y la parte interior del continente se hallara todavía desconocida e inexplorada como las comarcas amazónicas y el corazón de Nueva Holanda. No existiera el embrión de esta nueva sociedad de las tres razas, en que, cada cual, según sus facultades y carácter, habrá de concurrir a dar una nueva faz a la civilización cristiana. Bajo un sistema de colonización más franco y liberal, bajo otro gobierno que el de España, América hubiera llegado a su madurez e independencia mucho antes que las colonias inglesas, y, de seguro, sería otro nuestro gobierno: tal vez la monarquía absoluta a imitación de la española, único modelo al alcance de nuestros mayores. ¿Habríamos ganado algo con esto? Abrigaríamos las lisonjeras esperanzas con que hoy nos halagamos para lo porvenir?

Los sucesores de Felipe II siguieron el movimiento que los negocios tomaran bajo este rey y sus predecesores, sin que nadie pensara en mudarlo; que es empresa difícil cuando ya los intereses y opiniones han tomado cierto giro en una nación: véase, si no, como Suecia, a pesar del progreso general, insiste aún en su intolerancia y tiranía con los católicos, y cuánto cuesta moderarlas en Inglaterra misma. Obra semejante exige el genio, no de uno, sino de muchos

hombres, y los genios no aparecen sino cuando las circunstancias les son favorables; esto es, cuando las opiniones e intereses quieren y piden ser dirigidos. Pero en la decrepita España no podían alzarse estos genios; porque el pueblo español, ausente del universo, según la expresión de Bolívar, no conocía el mundo que le rodeaba y era incapaz de juzgar del bien ni del mal político. El mundo progresaba: todo había cambiado en derredor de España tanto en lo político, como en lo intelectual y lo económico, y España lo ignoraba. La filosofía incrédula estaba socavando los cimientos del edificio, y España dormía tranquila. Su clero con la educación e ideas del siglo XV no estaba a la altura de la nueva situación. Sin armas que oponer a los tiros envenenados de la escuela filosófica, se halla impotente al despertar de su letargo, ve el error, lo siente, lo toca, pero no puede demostrarlo ni combatirlo; y enfurecido pide que se le acabe de aislar, echando nuevos cerrojos que impidan toda comunicación con el mundo exterior. Una sola orden religiosa puede entonces hacer algo en defensa de la verdad; pero Carlos III, víctima del error y de infames intrigas, apaga con su propia mano este único foco de luz que alumbraba en sus dominios: los jesuitas son expulsados. Se aproxima ya el tiempo de la independencia de América y los errores del hombre la preparan.

El acto imprudente que acabamos de mencionar, devuelve en América a la vida salvaje centenares de pueblos; los colegios de las ciudades, que los jesuitas dirigían, se cierran; y los colonos ven sorprendidos, que sin fórmula de juicio ni pretexto, se confiscan los bienes de corporaciones inocentes y benéficas: esta injusticia los indigna. Por otra parte, la venalidad de los empleos hace recaer muchos de estos en hombres ineptos que inspiran desprecio y no respeto. Las costas no pueden ser guardadas por la escasa marina de España, y el contrabando, que empieza a ser una industria, hace palpable la iniquidad del sistema restrictivo. Todo conspira a que los colo-

nos comprendan que la mano del monarca es ya impotente para sostener el cetro; pero el juramento de fidelidad los mantiene todavía sumisos y obedientes. España, que desconoce el estado y fuerza de sus colonias, se encarga de romper este único vínculo moral porque le están unidas, y se liga con las colonias inglesas contra la madre patria. ¿Cómo podrá en adelante exigir sumisión de las suyas ni quejarse de la Gran Bretaña cuando tome las represalias? No se limita a esto: para sostener guerras que nada interesan a América, le exige contribuciones gravosas. Así, a tiempo que le enseña que tiene derecho de proclamar su independencia, la estimula a que lo haga, le designa el aliado que debe solicitar, y hasta le muestra en los Estados Unidos la forma de gobierno a que podrá acomodarse.

Bien luego se inicia el gran trastorno de la monarquía francesa y la Europa entera se conmueve. Hasta entonces las ideas filosóficas habían sido, si no siempre rechazadas de las fronteras, comprimidas en el interior del territorio español; pero ahora ya no hay valladar que las detenga. Todas las verdades políticas y económicas, todos los delirios filosóficos, todo lo que el mundo ha progresado y los hombres soñado en dos siglos y que el resto de las naciones ha ido recibiendo y dirigiendo poco a poco, cae de repente en el seno de esta sociedad niña e inexperta. Todos los sarcasmos de Voltaire, la sofistería de Diderot, la ingeniosa perversidad de Volney, las utopías de Rousseau, la declaración de los derechos del hombre, y cuanto la apasionada elocuencia de la revolución francesa produjo de más arrebatador, es el pasto que devoran nuestros hombres, sedientos de ciencia y novedad; las imaginaciones se exaltan, las cabezas se trastornan, la revolución empieza.

¿Qué hará España en vista de la terrible erupción que la amenaza? Los excesos del fanatismo y las supersticiones no soportarán la prueba de la discusión. Caerá ese edificio monstruoso, alzado con el

trabajo de tres siglos; pero también arrebatará en su caída a la verdad, que, desgraciadamente, ha sido introducida en él, cubierta por la ignorancia con los vestidos del error! Sin embargo, la revolución, funesta para todo el imperio español, lo será menos para América, a quien, (salvo colonias predilectas de la madre patria) la tiranía, el fanatismo y la superstición no han alcanzado a degradar ni envilecer. Aquí (lo esperamos de la Providencia) pasará como un torrente venido de fuera, y la verdad, arraigada en nuestro suelo, brotará después más vigorosa que nunca. Aquí, donde el velo del invierno no cubre jamás la flor de nuestros campos; donde la naturaleza a un tiempo encantadora y magnífica, ostenta a todas horas la grandeza y la bondad de Dios; y donde las obras de nuestros padres nos recuerdan sin cesar que fue mecida nuestra cuna por la dulce y tierna caridad del cristianismo; aquí la incredulidad carece de pretextos, es imposible: su yerta mano no alcanzará a helar nunca nuestros corazones de fuego! Mas, en la vieja y trabajada España, la revolución irá a paso lento, y sus frutos, si los da, serán tardíos. En América el trabajo será modificar y reorganizar, pero España necesita regenerarse. Escogida por la Providencia como un instrumento para preparar nuestros destinos, cumplió ya su misión; y ahora espera la nueva que Dios le dé. No la acriminemos, ella sufre, no sólo los mismos, sino mayores males que nosotros, por consecuencia de haber dado a luz un mundo —el mundo que nosotros habitamos. Debilitóse con su esfuerzo; se distrajo luego en formarnos, criarnos y ponernos andadores, y entretanto, otras naciones le tomaron la ventaja: seámosle agradecidos. Es un error atribuirle una política sistemática, ni en favor de los peninsulares ni en daño nuestro; no tuvo, ni pudo tener ninguna, y esa fue su desgracia. El mal es común a todos los que hablamos la lengua castellana, y todos, europeos, americanos, debemos concurrir a estudiar nuestra situación, y todos afanarnos por hallar y aplicar el remedio conveniente.